



CAPITULO XV.

Eleccion del Gran Maestre.—Muerte del Emperador de Alemania.
—Embajada del Viejo de la Montaña á San Luis.—Su recibimiento y respuesta.—Proyecto de sitiar Naplouse y Belinas.—Muerte de la reina Blanca de Castilla, madre de San Luis.—Vuelta de éste á Francia.—Privilegios de la Orden del Temple.—Bulas Pontificias en su favor.—Muerte del Gran Maestre.—Templarios ilustres de la época.

1250.



PENAS llegaron á Tolemaida los Templarios que habian podido escapar del desastre de Mausourah, reunidos con los demás que habitaban en la ciudad, se convocó Capítulo General para elegir sucesor á Fray Guillermo de Sonnac, muerto gloriosamente en el campo del honor, y la eleccion recayó en favor de Fr. Renaldo de Vichiers, mariscal de la Orden, que en la batalla de Mausourah llevaba el Baucan, caballero de mérito reconocido, de familia ilustre de Champagne; pues según la historia, en 1153, se halla otro Renaldo de Vichiers bienhechor de la abadía de Auberville (Sangres), el cual hizo donacion á dicho Monasterio de todos los bienes que tenía en aquellos contornos (1).

(1) Gallia Christ. nova tom. 4, col. 165.

Los señores franceses, disgustados de su estancia en Oriente, por razón de los descalabros sufridos en Egipto, trataron de inclinar al rey á reembarcarse con ellos, pero el nuevo Gran Maestre del Temple, con los principales Hospitalarios y Teutónicos le representaron vivamente, diciéndole que si entonces abandonaba la Palestina, su retirada causaría la pérdida total de la Tierra Santa, y que vista la mala fe de los egipcios, era de temer que los prisioneros no alcanzarían la libertad, con cuyas observaciones el rey declaró en un consejo que estaba resuelto á no abandonar á los orientales en el triste estado en que se hallaban.

En aquel mismo tiempo, Roberto, Obispo de Lincoln, á quien el historiador inglés llama el azote de los religiosos, intentó unir á su Sede episcopal todos los bienes y rentas de las iglesias que no probasen de una manera evidente el derecho de posesion. A este fin envió á Roma, al Maestro Leonardo, famoso Romipete, para pedir la aprobacion de la Santa Sede, y habiéndola obtenido, convocó á los religiosos para notificársela.

Los caballeros Templarios y Hospitalarios, con otros exentos, apelaron de ella, representando sus razones á Inocencio IV que les escuchó favorablemente. Queriendo el Prelado oponerse á la apelacion, á pesar de su avanzada edad, se embarcó para Roma, y no hallando al Papa dispuesto á su pretension, se retiró de la audiencia suspirando y diciendo bastante alto, «¡O dinero, dinero! cuán poderoso eres, sobre todo en la Corte de Roma,» y el Papa Inocencio que lo entendió perfectamante replicó, «¡ó inglés, inglés hasta cuando os roereis los unos á los otros! y vos mismo hermano, cuanto habeis sangrado á vuestras ovejas para enriquecer á los estraños, á cuantos de vuestros súbditos habeis aniquilado, mientras los unos estaban ocupados en la oracion y los otros ejercitando la hospitalidad (1).

1251. En este año llegó á los Templarios la noticia de la muerte del Emperador Federico II, «del cual tenian muy poco que alabar y mucho menos sentir. Dicho príncipe, al propio tiempo que imponia al pueblo de la Pulla un tributo exorbitante, como jamás se habia visto, cayó enfermo de gravedad, y viéndose en los últimos momentos, hizo un testamento en el cual hay un párrafo que dice.»

«Nos ordenamos que todos los bienes de la milicia del Temple, de que estamos en posesion, les sean restituidos, sobre todo aquellos que les pertenecen de pleno derecho; nos queremos además que todas las Iglesias y casas religiosas gocen de aqui en adelante de sus antiguas libertades y derechos de los cuales les habíamos privado,» (2). Sin embargo, parece que poco caso se hizo de tales disposiciones.

(1) Mat. de Paris, año 1251.

(2) Chron. Fr. Pippini cap. 41; Scrip. Italicos tom. 10, col. 819.

El año siguiente, el príncipe de los batenianos, ó asesinos, y comunemente llamado el viejo ó Señor de la Montaña, al saber los desastres esperimentados por los franceses, envió al Rey de Francia que se hallaba en Tolemaida, á dos Emires que tuvieron el descaro de quejarse en nombre de su amo, porque no habia hecho los regalos debidos, como acostumbraban hacerlo los demás príncipes, para librarse de ser asesinados, y uno de los enviados dijo, «el emperador de Alemania, el rey de Hungría, el mismo sultan de Egipto y todos los príncipes se apresuran á cumplir con esta obligacion, sabiendo muy bien que no vivirían sino pluguiese á nuestro amo y Señor: éste, por lo tanto, os intima someteros como ellos á esta ley, ó á lo menos descargarle del tributo que paga á los dos Grandes Maestres del Temple y Hospital.»

El Rey, despreciando tanta audacia, les envió á los dos Grandes Maestres para darles la respuesta, la mañana siguiente comparecieron los Emires ante dichos Maestres de Vichiers y Chateauneuf, los cuales dijeron á los enviados:

«Es preciso que tanto vosotros como vuestro amo os halleis completamente destituidos de razon para llevar la audacia á hacer tales proposiciones á un rey de Francia; si no respetáramos la cualidad de Emires, de que os hallais revestidos, mandaríamos al instante que se os arrojara al mar; ¡tanto respetamos á vuestro amo! partid inmediatamente y decid al Señor de la Montaña que le intimamos enviar al Rey, dentro de 15 dias lo más tarde, una carta que repare la falta cometida, asi como vuestra insolencia; de lo contrario, tendrá que habérselas con los caballeros de las dos Órdenes.»

Algunos preguntaron á dichos Emires ¿por qué el Señor de la Montaña no atentaba á la vida de los Grandes Maestres que les forzaban á pagar un tributo? y contestaron si nuestro soberano mandaba asesinar á uno de esos Grandes Maestres, su muerte seria vengada inmediatamente por su sucesor, y tampoco se ganaria nada (1). Lo que hace esclamar á Mezerai: «Los caballeros de las Órdenes podian gloriarse de ser temibles á aquel que lo era á todo el mundo.»

Despedidos los Emires, el Señor de la Montaña, ó mejor dicho, el jefe de los bandidos y asesinos, temeroso del resentimiento de las Ordenes, al cabo de los 15 dias envió á los mismos Emires, para presentar al Rey de Francia una carta de disculpa, acompañada de ricos regalos, consistentes en una camisa para indicar su union con el rey, y un anillo de oro en el cual estaba grabado el nombre del Señor de la Montaña, como un salvo conducto. El rey, por su parte, trató á dichos enviados con atencion

(1) Joinville; pág. 85, 86.

dándoles algunos regalos, despidiéndolos más satisfechos de él que de los Grandes Maestres (1).

Después de los desastres experimentados, el ejército y los caballeros estaban á la defensiva, ocupándose únicamente en restablecer algunas plazas. Resuelto el rey á hacer una tentativa sobre Naplouse, que era la antigua Samaria, propuso el plan á los barones, y sobre todo á los Templarios, quienes lo aprobaron, respondiendo de su éxito; pero, como la empresa era peligrosa, le suplicaron les concediera esta expedición, pero sin esponer su sagrada persona. El rey quería ir con el ejército, y no se hizo nada (2).

Al poco tiempo propuso emprender el sitio de Belinas, la antigua Cesarea de Filipos; se aprobó también dicho proyecto, pero con la condición de que el rey del cual dependía la salvación del país, no se hallase en el campamento. Después de alguna oposición consintió, y dadas las órdenes convenientes, á la mañana siguiente, fué el pequeño ejército á acamparse en el llano, al pié de una eminencia, donde estaba situada la plaza. Belinas fué atacada por cuatro puntos distintos: los Templarios la atacaron por la parte de la llanura; la guardia del rey, por la parte opuesta; por la derecha la atacaron los Hospitalarios; y la izquierda fué atacada por el cuarto cuerpo de tropas. Una fuerte división de caballería enemiga, al ver la disposición del ataque y vigorosa embestida, se alejó á rienda suelta, lo que esparció la alarma dentro de la plaza, comprometiendo á los habitantes á desampararla y refugiarse á las montañas. Por este medio, y sin pérdidas, se apoderaron de una ciudad que estaba defendida por tres recintos de murallas, que de nada le sirvieron.

El rey, muy satisfecho de la conducta de los Templarios, por los servicios que le habían prestado, quiso manifestarles su agradecimiento, dándoles el castillo y castellanía de Bazées, en la actualidad encomienda de Beaulieu sobre el Matha (Aquitania). El acta consigna que Luis, en consideración á las obras de caridad que ha visto practicar á los Templarios, y con el deseo de reconocer los socorros que personalmente ha recibido, les hace esta donación por pura limosna, *in puram eleemosynam*, por la salvación de su alma y de las de sus parientes, sin más condición que ser participe de los bienes espirituales y oraciones que se harán, de aquí en adelante, en la casa del Temple de Jerusalem. La escritura hace también mención de los límites de la Castellanía, de sus dependencias é inmunidades á favor de la Orden, entre otras, que sus colonos, enfiteutas y otros justiciables no serán citados ante otros jueces que los del Temple; que las

(1) Id. vida de S. Luis.

(2) P. Daniel, Hist. de Francia.

apelaciones de procesos intentados delante de jueces y tribunales de los caballeros serán llevados ante los jueces reales y no á otra parte (1).

1252. La donación antecedente fué aceptada el día de Pentecostés, en la catedral de Angulema, por Fr. Hugo, preceptor de Aquitania, por Gerardo Arzobispo de dicha Iglesia, Legado de la Santa Sede, y en presencia de Gerardo, Arzobispo de Burdeos, Juan de Poitiers, Hugo de Saintes, Hugo de Lusignan, conde de la Marche y de Angulema, que todos vivían en 1252: lo que prueba evidentemente la equivocación padecida por Baudoin, diciendo que dicha fundación se debe á Luis VII en 1151 dando la cualidad de Gran Maestre á Fr. Hugo Jofre. Nos admira ver que los autores del Glosario no repararon este anacronismo, y que por la sola autoridad de dicho historiador hayan admitido á dicho Hugo por 4.º Gran Maestre del Temple (2).

Otra falta debemos advertir (casi de la misma naturaleza) y que es preciso corregir á M. Larrey, quien explica lo siguiente.

Durante el tiempo de Enrique III de Inglaterra, por causa de su codicia y mala fe, se atrahía la animadversión y censuras de todas partes. Un caballero se quejó por los atentados que se cometían contra las inmunidades de su casa, y el Rey le respondió: «Que los eclesiásticos, pero sobre todo los Templarios y Hospitalarios tenían tantos privilegios y tantas cartas de libertad, que sus riquezas les ensoberbecían, y que su orgullo les hacía locos, que se podían revocar por prudencia las cosas concedidas inconsideradamente, que el Papa á menudo había revocado sus donaciones con un *no obstante*, y ¿por qué no podría yo anular las cartas imprudentemente concedidas por mí mismo ó por mis predecesores?» á lo que respondió el caballero. «¿Qué decis, Señor, á Dios no plazca salgan de vuestra boca semejantes discursos, mientras observáreis la justicia, podreis ser Rey, y tan luego como la violáreis cesaréis de serlo.»

Bajo otro reinado, había bastante para perder la cabeza en un cadalso; nada menos verdadero, ni más ultrajante que esta réplica, que no fué jamás la de un Templario inglés, y menos del Gran Maestre, residente en Palestina.

M. de Larrey ha querido dar esta cualidad al preceptor de Klarkenvel, casa del Hospital en Londres, fundada en 1101, y que jamás perteneció á los Templarios (3).

Este mismo Enrique III, que había tomado la cruz ya de algunos años, más bien para exigir dinero de sus vasallos, que para socorrer á los orien-

(1) Baudoin. Privilegios de la orden de S. Juan de Jerusalem pag. 9. Item. Gallia Christ. nova tom. 2, col. 1008.

(2) Ducange, glosario verbo Templarii.

(3) Hist. general de Inglaterra sobre el año 1252.

tales, reunió en 1252, á sus barones, y anunciándoles el plazo de su pretendido viaje, que fijó para el 24 de junio de 1255, con hipócrita intencion, comunicó sus disposiciones á los Grandes Maestres por medio de una carta en la que, entre otras cosas, les decia.

«Como vosotros pasais por tener una flota de las mejor equipadas, yo espero de vuestra atencion que os dignareis preparar para mi uso los buques más fuertes, que los tendré dispuestos, aprovisionados, con sus marineros y demás municiones necesarias por un año, de modo que yo pueda antes del tiempo de mi pasaje, servirme de ellos para transportar antes los soldados, armas y caballos destinados por mí al socorro de la Tierra Santa.

No olvideis, sobre todo, de preparar los alojamientos para todos los tripulantes y hacer que todo el armamento se halle en parage seguro hasta mi llegada. Tampoco faltareis en enviarme al año siguiente los mismos buques en estado de hacerse á la vela para conducirme á Palestina con todos los de mi acompañamiento. Por el cuidado que tomareis en proporcionarme estas ventajas, se juzgará de vuestro celo hacia mí persona, y de vuestra adhesion por conservar los Santos Lugares» (1).

No hay dificultad alguna en tildar á ese príncipe de temerario por tales anticipos, y el poco crédito que merecía su palabra; pues, ni el Parlamento, ni sus vasallos querían dar dinero á pesar de sus bellos proyectos de Cruzada que nadie creía; y, tanto es así, que los caballeros no quedaron engañados no haciendo caso de sus peticiones.

1253. Mientras San Luis permaneció en Palestina, se fortificaron Tolemaida, Saide, Cesarea de Filipos y Jaffa; se reorganizaron las fuerzas, y las Órdenes militares aumentaron sus escuadrones con los novicios y *servants* que llegaban á menudo de Europa, y á fines de este mismo año se recibió en Tolemaida la noticia de la muerte de la reina Blanca, madre de San Luis y regente del reino, por cuyo motivo resolvió el rey volver á Francia, lo que verificó el 24 de abril de 1254, en una flota de 14 buques, habiendo antes pedido al Gran Maestre del Temple á Fr. Remond, Templario experimentado y de grandes conocimientos náuticos, para que fuese su piloto.

Antes de partir procuró el rey que las pocas plazas que quedaban en poder de los cristianos estuvieran en buena defensa, inculcando á todos la armonía, union y celo para la conservacion de la Tierra Santa, y, al despedirse, se llevó á parte del dolor que causaba su partida, las bendiciones de todo el pueblo, y hasta la admiracion de los Sarracenos, por su valor en los combates, así como su invencible firmeza y resignacion en sus desgracias.

) *Fœdera, conventiones etc.* Rimeri tom. 1 part. I, pág. 167.

La flota se dió á la vela, y en cuatro dias se hizo el trayecto de Tolemaida á Chipre, merced á un viento favorable; pero al acercarse á la montaña de la cruz, el buque que montaba el rey, durante la noche, encalló en un banco de arena, creyéndose todos haber estrellado; Joinville subió inmediatamente sobre cubierta para informarse del suceso, y halló á Fr. Remond desesperado con la sonda en la mano; pero luego se pudo ver que sin aquel banco de arena hubiera estrellado el buque por cuanto á poca distancia se hallaba un peñasco; escapado de este peligro, se cayó en otro, y esto motivó que la reina hiciera el voto de enviar una nave de plata de 100 marcos á San Nicolás de Varengeville (Lorena). Después de una navegacion de dos meses y medio, la flota llegó á las costas de Provenza (1).

Pasado algun tiempo, el rey de Inglaterra, que estaba en Gascuña con Fr. Roberto de Stanfort, Preceptor del Temple, deseoso de viajar por Francia y visitar á París, escribió á san Luis pidiéndole permiso, que le concedió, saliendo á recibirle hasta Chartres. Enrique iba acompañado de 1,000 gentiles hombres todos montados soberbiamente, y vestidos con riqueza. El rey le ofreció su palacio ó el Temple, y se escogió este último por razon de su numeroso acompañamiento. La casa del Temple, que entonces estaba fuera de la ciudad, contenia, segun Mateo de Paris, bastante espacio y habitaciones para alojar un ejército. Los Templarios la habian engrandecido á propósito para la comodidad de sus Capítulos generales, que se reunian de toda la Francia, y con el fin de que reunidos todos los capitulares en el mismo recinto, tuvieran más facilidad de conferenciar acerca de los asuntos de la Órden.

Enrique III, despues de haber sido espléndidamente obsequiado por los caballeros, rogó á san Luis que á la mañana siguiente se dignase asistir al banquete que le ofrecia, en el grande salon donde los Templarios, segun la costumbre de los Levantinos, guardaban los escudos y armas de los más famosos caballeros. Toda la sala estaba cubierta de ellos. Un caballero inglés, algun tanto satírico, al observar, entre las armaduras, la que habia pertenecido á Ricardo Corazon de Leon, se acercó á su rey y le dijo en voz baja, «Señor, ¿á qué viene invitar á los franceses en este lugar, para comer y divertirse? la vista de ese escudo les hará temblar, impidiéndoles comer.» Enrique pareció no hacer caso, y nada contestó (2).

El 7 de diciembre de 1254, murió Inocencio IV, que gobernó 10 años.

El dia de la Natividad del Señor, el cardenal y obispo de Ostia fué elevado al Supremo pontificado y tomó el nombre de Alejandro IV. Fué uno de los soberanos pontífices que manifestó grande afecto á los Templarios.

(1) *Memorias de la Academia de Inscripciones*, tom. 20, pág. 333.

(2) Daniel, y Mateo de Paris.